
LOS IRACHUS.

(TRADICION BIZCAINA.)

Siguiendo la carretera que enlaza á la anteiglesia de Mundaca con la antigua villa de Bermeo, *la caput Biscaiæ* (1), como en lejanos tiempos la denominaban los bizcainos, y á dos kilómetros de distancia próximamente de sus muros, hay un puente que apoya sus estribos en las dos vertientes de una colina cortada por un arroyo que se abre paso para echarse en la mar, allí vecina. Llámase este puente, el Puente de la Rosa, porque á la diestra mano y sobre un empinado próximo ribazo, alzábase hasta hace pocos años todavía, una ermita de la advocacion de Nuestra Señora de la Rosa, allí asentada, como para curiosear las travesuras del arroyo. Ermita, colina, barranca y puente, tienen su historia, que vamos á contar tal como nos la refirió un patriarca del gremio de pescadores de Bermeo.

Corría el último tercio del siglo XVIII y ántes de que se construyese la carretera que enlaza las dos villas mas importantes de Bizcaya, Guernica y Bermeo, los viandantes que entre una y otra querian comunicarse, tenian que caminar forzosamente por una antigua y tosca calzada que todavía se descubre á algunos metros de altura de la nueva carretera calzada que, cortando horizontalmente la montaña, tenía tambien su puente para dar paso al arroyo, que, mas impetuoso que ahora, porque se desprendía á su voluntad desde mas alto, arrastraba cuanto á su encuentro se oponia, formando una profunda barranca. En la barranca, y bajo el vetusto y ojival puente, habitaban los *irachus*, pequeños y asquerosos cerdos, que, tan pronto como anochecía, se derramaban por aquellos contornos en busca de cami-

(1) El rey D. Fernando el Católico en 1476 concedió este titulo á Bermeo, por ser la villa mas antigua é importante de Bizcaya; pero el Señorío siguió un litigio contra el uso de esta denominacion, y obtuvo en 1662 una ejecutoria favorable del rey Felipe III, «*por ser dicha preminencia contra el honor y antigüedad del infanzonado.*»

nantes. Cada puerco llevaba un farolito encendido pendiente del rabo; y eran tan aviesos y mas intencionados, que atacando con fúria por todos lados al viandante, le ponian amenudo en grave aprieto de ser por ellos devorado. El terror que infundian los irachus era además tan grande en la comarca, que tan pronto como las sombras de la noche descendian sobre los valles bermeanos, lo mismo el labrador como el trajinante se apresuraban á abandonarlos y á penetrar en sus hogares, separándose rápidamente de la proximidad del puente y la barranca.

Por aquel entonces habia entre las jóvenes de Bermeo, una, cuya bondad y gentileza, eran por todos celebradas. Inés era su nombre: pobre de fortuna era muy rica en virtudes, pero lo era más todavía por su modestia excesiva. No habia mozo en el pueblo que no la solicitára, ni jóven forastero que no la requiriera de amores, ni anciano que no admirára su talento, ni doncella que dejára de buscar su amistad y compañía. Inés amaba á todos, pero con el castísimo amor de una santa: y su amor era tan puro y encendido, que lo mismo cautivaba al rico como al pobre, al mozo como al anciano.

En una calurosa tarde de estio regresaba Inés á su hogar cargada de un pesado haz de espigas, cuando al bajar la pendiente del monte de Lamiáran tropezó y fué rodando con la carga hasta el fondo de la barranca. Exámine por la abundante sangre que derramó de una herida que se abrió en la cabeza, y sin bastante fuerza para trepar de nuevo la montaña resignóse á la suerte que le deparára el cielo, apoyando su lívido rostro en el murallon del envejecido puente del arroyo. No ignoraba el riesgo que corria si tenia la desgracia de ser descubierta por los irachus, ni ignoraba tampoco los martirios que la harian sufrir tan pronto como cayera en su poder; pero no por esto se entibió su espíritu, ni perdió aquella dulce serenidad que bañaba siempre su semblante.

Meditaba la pobre Inés sobre la triste situacion en que la casualidad le habia colocado, y oraba con la ardentísima fé de su espíritu, cuando sintió á su lado un estridente y prolongado gruñido. Pocos momentos despues observó que separándose lentamente una de las dovelas inferiores del arco del puente, salió por ella un irachu con su farolito encendido colgado del rabo, y luego otro, y otro, y ciento, y muchos más, los cuales, dirigiéndose en hilera á la antigua calzada, se detuvieron en correcta formacion dando cara á la mar. Un sudor frio bañó todos los miembros de Inés, apesar de su serenidad, al ver á su frente aquella turba de animales, porque si bien le ocultaba de ella la pared del puente, no por eso estaba á cubierto de la claridad de tantos faroles encendidos. De repente dejóse oír otro chillon y

prolongado gruñido y los ojos de Inés descubrieron que se aproximaba lentamente al ejército de irachus una figura humana, pero tan pequeña, como otra igual jamás había visto. Era un enano. Vestía el traje usual de la época, y su cara, circuida de una espesa barba blanca, no tenía nada de repugnante. El enano revistó minuciosamente á la cerdosa grey, la cual, después de oír una palmada que dieron sus manos, desapareció silenciosamente por el monte y la encañada: solo un irachu permaneció á su lado. Ambos bajaron la pendiente hasta donde Inés se hallaba; y el enano, penetrando por la dovela desprendida del puente, que recogió así que estuvo dentro, la colocó en su lugar ayudado del irachu que que lo afuera, y que enseguida se marchó á reunirse á sus compañeros.

Inés no salía del asombro que le produjeron aquellos inesperados aunque mudos sucesos; y así que le fué dado reflexionar sobre ellos, amparada, como no podía menos de estarlo, por su protectora la Santísima Virgen, pensó abandonar el escondite y trasladarse á su hogar para comunicar lo que había visto á sus parientes y amigos. No tardó en realizar este pensamiento; pero ántes de llevarlo á cabo, arrimó con fuerza sobrehumana gran cantidad de rocas á la dovela por donde habían salido los irachus y penetrado el enano: cortó una rosa blanca de un frondoso rosal que allí cerca crecía, y postrándose de rodillas é invocando á Maria en nombre de la pureza de la flor que sus lábios besaban religiosamente, enderezó con resolución sus pasos hácia el hogar donde sus deudos la esperaban impacientes.

Narróles con calma y serenidad la extraña aventura de que había sido testigo, produciendo en ellos el mayor asombro; y cuando al dar fin á la narración les propuso con gran energía y entusiasmo acabar con aquella maldita raza que ni podía penetrar en su guarida ni salir de ella su jefe por las enormes rocas que contra las dovelas del puente había hacinado, todos y á porfía prometieron secundar su pensamiento y acompañarla en tan arriesgada empresa. Armáronse de todas armas; y puesta Inés á la cabeza de aquella improvisada hueste que llevaba por escudo la rosa blanca cortada en el bosque de Lamiáran, á él se dirigió llena de valor y de esperanza. Al aproximarse á la barranca, ya la aurora comenzaba á desatar los primeros destellos de su luz: era también la hora en que los irachus se retiraban á su guarida. Al verlos la bermeana hueste, acometióles con ímpetu tan vigoroso, que apesar de no ser flojas las garras y los dientes de los irachus, todos fueron pasados á cuchillo, dejando regado el campo de negra y asquerosa sangre. Rujidos espantosos resonaron también durante la pelea dentro de las cavidades del puente, lan-

zados sin duda por el jefe de la maldita grey; pero por muchos esfuerzos que hiciera para desmoronar las rocas que cerraban la entrada de su guarida, no consiguió siquiera removerlas. Desde entonces los irachus desaparecieron, y desde entonces data la construcción de la ermita de Nuestra Señora de la Rosa, levantada en memoria del santo nombre de la flor que llevó Inés al combate.

Las ruinas de la ermita persisten todavía abandonadas, desafiando las injurias del tiempo que las destruye despiadadamente, sin más guardian que la grave lechuza que habita en sus concavidades.

El puente de la calzada antigua desapareció á impulsos del torrente y del olvido en que quedó desde la construcción de la nueva carretera.

El torrente y la barranca no han variado su curso y situación. Manso y jugueton aquel en el verano, y soberbio y turbulento en el invierno, sigue cumpliendo la misión para que fué destinado; la de rendir sus aguas á la mar.

¿Y los irachus?

¡Los irachus! preguntad por ellos á los honrados pescadores de Bermeo y de Mundaca, ó á los sencillos habitantes de aquella comarca.

Los irachus, apesar de la que de su completo exterminio reza el cuento, son todavía el terror de las almas cándidas é inocentes. Ellas les vén con los ojos de la imaginación y del miedo recorrer de noche á la luz de los faroles pendientes de sus rabos los contornos del arroyo, de la barranca y del nuevo puente de la Rosa.

¡Tan fuerte es la fuerza de la tradición, que deja impresa en las generaciones que se suceden, las invenciones más peregrinas é inverosímiles! La ignorancia es la que sustenta estas invenciones absurdas, que todo espíritu culto y religioso esta, obligado á borrar de los cerebros enfermos ó calenturientos.

JUAN E. DELMAS.

